

INÉDITO

# ANNE PERRY

*El pasado vuelve  
a Connemara*



Los planes de Emily Radley para Navidad quedan en nada cuando se entera de que su tía Susannah se está muriendo. A pesar de que no tenían mucha relación, Emily decide ir hasta Irlanda para acompañarla en sus últimos días. A su vez, Daniel, el único superviviente de un naufragio a causa de una tormenta, busca cobijo en el hogar de Susannah. Emily acabará irremediablemente envuelta en la investigación de la muerte sin resolver de Connor, otra víctima de un naufragio, varios años atrás, y lo que descubrirá es que algunas personas serán capaces de hacer cualquier cosa para mantener a salvo sus secretos.

*Dedicado a todos aquellos que ansían una  
segunda oportunidad.*

## El pasado vuelve a Connemara

Emily Radley estaba de pie en el centro de su magnífico salón, pensando dónde debía colocar el árbol de Navidad para sacarle el máximo partido. Los adornos ya los tenía decididos: lazos, bolas de colores, espumillón, pequeñas lágrimas de cristal y pajarillos relucientes de color rojo y verde. Al pie colocaría brillantes paquetes con los regalos para su marido y sus hijos.

Habría velas, coronas y guirnaldas de acebo y de hiedra por toda la casa. Habría boles de fruta escarchada y platos de porcelana con nueces, jarras de ponche, bandejas con tartaletas de fruta, castañas asadas y, naturalmente, enormes fuegos con leños de manzano en las chimeneas, para que perfumaran al arder.

1895 no había sido un año fácil, y se alegraba bastante de que llegara a su fin. Como ellos se quedaban en Londres en lugar de irse al campo, acudirían a veladas y a cenas de gala, incluida la de la duquesa de Warwick, a la que asistirían todos sus conocidos. Y a fiestas donde pasarían la noche entera bailando. Ya había elegido el vestido: un modelo verde muy pálido con bordados de oro. E irían al teatro, naturalmente. Sin una obra de Oscar Wilde no sería lo mismo, pero sería divertido ver *She Stoops to Conquer* de Goldsmith.

Seguía pensando en eso cuando entró Jack. Parecía un poco cansado, no obstante conservaba la misma elegancia natural de siempre. Llevaba una carta en la mano.

—¿Correo? —preguntó, sorprendida—, ¿a esta hora de la tarde? —Y se le cayó el alma a los pies—. No será un asunto del gobierno, ¿verdad? No pueden reclamarte ahora, menos de tres semanas antes de Navidad.

—Es para ti —contestó él, y se la entregó—. Acaban de traerla. Me parece que es la letra de Thomas.

Thomas Pitt, el cuñado de Emily, era policía. Su hermana Charlotte se había casado con alguien con una posición social bastante inferior, y aunque había perdido el bienestar social y económico al que estaba acostumbrada, no se había arrepentido ni por un segundo. Era Emily, por el contrario, quien envidiaba las oportunidades que Charlotte había tenido de implicarse en alguno de sus casos. Emily tenía la sensación de que hacía mucho que no había compartido una aventura, el peligro, la emoción, la rabia y la pena. Eso hacía que en cierto modo se sintiera menos viva.

Rasgó el sobre y leyó el papel que había dentro.

*Querida Emily,*

*Lamento mucho tener que contarte que Charlotte ha recibido hoy una carta del padre Tyndale, un sacerdote católico que vive en Connemara, un pueblecito al oeste de Irlanda. Es el párroco de Susannah Ross, la hermana menor de tu padre, quien ha enviudado de nuevo; el padre Tyndale dice que ahora está muy enferma. De hecho es muy probable que esta sea su última Navidad.*

*Sé que ella se distanció de la familia en unas circunstancias bastante tristes, pero no deberíamos permitir que pase estas fechas sola. Tu madre está en Italia, y desgraciadamente Charlotte tiene una bronquitis muy severa; por eso te escribo, para preguntarte si podrías ir tú a Irlanda para estar con Susannah. Me doy cuenta de que ello supone un gran sacrificio; sin embargo, no hay nadie más.*

*El padre Tyndale dice que no será por mucho tiempo, y que serías bienvenida en casa de Susannah. Si le contestas a la dirección adjunta, él irá a recogerte a la estación de Galway, a la hora que le digas. Por favor, no tardes más de un par de días. No hay tiempo para vacilaciones.*

*Yo te lo agradezco por adelantado, y Charlotte te manda cariñosos recuerdos. Te escribiré en cuanto se recupere.*

*Con toda mi gratitud,*

*Thomas*

Emily levantó la vista y se encontró con los ojos de Jack.

—¡Esto es absurdo! —exclamó—. Ha perdido la cabeza. Jack parpadeó.

—¿De veras? ¿Qué dice?

Ella le dio la carta sin decir palabra.

Él la leyó con el ceño fruncido y luego se la devolvió.

—Lo siento. Sé que te hacía mucha ilusión pasar las Navidades en casa, pero ya habrá otras el año que viene.

—¡No voy a ir! —replicó ella, sin dar crédito.

Él no dijo nada, sólo la miró fijamente.

—Es ridículo —protestó ella—. Yo no puedo ir a Connemara, por Dios santo. Y menos aún en Navidad. Eso debe de ser el fin del mundo. Es el fin del mundo, de hecho. No es más que una ciénaga helada, Jack.

—En realidad, tengo entendido que la costa oeste de Irlanda es bastante templada —apuntó él—. Aunque húmeda, por supuesto —añadió con una sonrisa.

Ella lanzó un suspiro de alivio. Su sonrisa seguía resultándole fascinante y no quería que él supiera hasta qué punto. Si lo descubría, sería imposible manejarle. Se volvió para dejar la carta sobre la mesa.

—Mañana escribiré a Thomas y se lo explicaré.

—¿Qué le dirás? —preguntó él.

Ella se sorprendió.

—Que es impensable, por supuesto. Pero lo expondré con tacto.

—¿Cómo se puede exponer con tacto que vas a dejar que tu tía muera sola en Navidad, porque no te gusta el clima irlandés? —preguntó él con una dulzura sorprendente, teniendo en cuenta sus palabras.

Emily se quedó helada. Se dio la vuelta para mirarle y supo que, a pesar de la sonrisa, quería decir justo lo que había dicho.

—¿De verdad quieres que me marche a Irlanda durante las Navidades? —preguntó—. Susannah sólo tiene cincuenta años y todavía puede vivir mucho. ¡Thomas ni siquiera dice qué le ocurre!

—La muerte puede llegar a cualquier edad —señaló Jack—, y lo que yo quiera no tiene nada que ver con el deber.

—¿Y los niños? —Emily jugó su mejor baza—. ¿Qué pensarán si los dejo en Navidad? Es una época para estar en familia. —Le devolvió la sonrisa.

—Pues escribe a tu tía y dile que se muera sola, que tú quieres estar con tu familia —replicó él—. Pensándolo bien, tendrás que decírselo al sacerdote y que él se lo comunique a ella.

Una evidencia atroz la impactó.

—¡Tú quieres que me vaya! —le acusó.

—No, no quiero —negó él—. Pero tampoco quiero vivir contigo todos esos años posteriores a la muerte de Susannah, cuando lamentos no haber ido. La culpa puede destruir incluso lo que más queremos. Sobre todo lo que más queremos, de hecho. —Se le acercó y le acarició la mejilla con cariño—. Yo no quiero perderte.

—¡No me perderás! —dijo ella al instante—. Tú no me perderás nunca.

–Muchas parejas se pierden –contestó él meneando la cabeza–; hay quien incluso se pierde a sí mismo.

Ella bajó la mirada a la alfombra.

–¡Pero estamos en Navidad!

Él no contestó.

Pasaron unos segundos. El fuego chisporroteó en la chimenea.

–¿Crees que en Irlanda existen los telegramas? –preguntó Emily finalmente.

–No tengo ni idea. ¿Qué puedes decir en un telegrama para responder a esto?

Ella inspiró profundamente.

–A qué hora llega mi tren a Galway. Y qué día, supongo.

Jack se inclinó hacia delante y la besó con mucha ternura, y ella se dio cuenta de que estaba llorando por todo lo que iba a echar de menos durante las próximas semanas, y por lo todo que en su opinión debían ser las Navidades.

\* \* \*

Pero dos días después, cuando el tren se detuvo por fin en Galway poco antes del mediodía, y Emily salió a la plataforma bajo una llovizna, su estado de ánimo había cambiado por completo. Estaba entumecida y agotada, después de cruzar el embravecido mar de Irlanda y pasar una noche en un hotel de Dublín. Si Jack hubiera tenido la más remota idea de lo que le estaba pidiendo, no se lo habría tomado tan a la ligera, ni mucho menos. Nadie debía pedir un sacrificio como aquél. Era Susannah quien había elegido darle la espalda a su familia, fue ella quien se casó con un católico que nadie conocía y tomó la decisión de vivir allí entre la ciénaga y la lluvia. ¡No había vuelto a casa cuando el padre de Emily se estaba muriendo! Claro que nadie se lo había pedido. La verdad, se dijo Emily de



mala gana, era que probablemente nadie le había dicho siquiera que estaba enfermo.

El maletero descargó su equipaje y lo depositó sobre la plataforma, sin que ella se lo hubiera pedido. Era bastante innecesario. Ése era el final de la línea, en todos los sentidos posibles.

Ella le pagó para que lo sacara a la calle y le siguió a lo largo del andén, cada vez más empapada. Estaba en la calzada cuando vio un poni y una carreta, y un sacerdote de pie con gesto conspicuo, que hablaba con el animal. Se dio la vuelta al oír el carrito del maletero sobre el empedrado. Vio a Emily, y una amplia sonrisa iluminó su cara. Era un hombre sencillo, de facciones comunes y un poco toscas, pero en aquel momento resultaba encantador.

—Ah —se acercó con la mano tendida—, señora Radley. Es muy amable por su parte haber hecho este viaje y en esta época del año, sin duda. ¿Ha sido muy mala la travesía? Dios interpone un mar bravío entre nosotros para que agradezcamos aún más haber llegado sanos y salvos a la otra orilla. Es un poco como la vida. —Encogió los hombros con pesar, y por un momento sus ojos se llenaron de tristeza—. ¿Cómo está usted, pues? ¿Cansada y aterida? Y todavía nos queda un largo viaje, pero eso no hay forma de evitarlo. —La miró de arriba abajo con lástima—. A menos que no se sienta capaz de soportarlo hoy.

—Gracias, padre Tyndale, pero estoy bastante bien —repuso Emily. Estaba a punto de preguntar cuánto tardarían, pero cambió de opinión. Puede que él lo tomara por una cobardía.

—Ah, me alegro mucho —dijo él enseguida—. Ahora subiremos su equipaje aquí detrás, y luego nos iremos. Así haremos la mayor parte del trayecto de día.

Se dio la vuelta y cogió una de las maletas, tiró de ella con energía y la colocó en la parte de atrás de la carreta. El maletero apenas tuvo tiempo de subir la más ligera.

Emily estaba a punto de decir algo, pero cambió de idea.

¿Qué podía decir? ¡Era mediodía y él creía que no llegarían a casa de Susannah hasta la noche! ¿A qué tenebroso confín del mundo se dirigían?

El padre Tyndale la ayudó a subir al asiento contiguo al suyo en la carreta, la envolvió con una manta, después con una tela impermeable, y luego dio un rodeo y trepó al otro lado con gran dinamismo. Tras recibir una palabra de aliento, el poni se puso al paso. Emily tuvo la espantosa sensación de que el animal sabía mucho más sobre todo aquello que ella, y que se preparaba para un largo viaje.

Cuando salieron de la ciudad la lluvia amainó un poco y Emily se dispuso a contemplar la tierra ondulada que los rodeaba. Cuando se despejaron las nubes y aparecieron algunos retazos de cielo azul, surgió un repentino panorama de las colinas a lo lejos, hacia el oeste. Los rayos de luz se reflejaban en los prados húmedos que parecían tener varias capas de color; el viento descoloría la parte superior, pero debajo había franjas de rojos plomizos y ocres. En las colinas que estaban a sotavento había mucha sombra, torrentes de color carbón, y la ocasional ruina de un antiguo refugio de piedra casi negra ahora, salvo en las superficies húmedas donde brillaba el sol.

—Dentro de unos minutos verá el lago —dijo de pronto el padre Tyndale—. Es muy bonito y hay muchos peces y pájaros. Le gustará. Es bastante distinto del mar, por supuesto.

—Sí, por supuesto —asintió Emily, abrigándose más con la manta. Tenía la sensación de que debía añadir algo.

Él miraba al frente con decisión, concentrado en la conducción, y ella se preguntó por qué. No podían ir a ninguna parte que no fuera seguir el sinuoso sendero que tenían delante, y el poni parecía conocer el trayecto perfectamente bien. Si el padre Tyndale hubiera optado por atar las riendas a la anilla de hierro y se hubiera dormido,

sin duda habría llegado a casa sin el menor contratiempo. Aun así, aquel silencio exigía algo.

–Dijo usted que mi tía está muy enferma –empezó ella, a modo de tanteo–. Yo nunca he cuidado a un enfermo. ¿Qué podré hacer por ella?

–Por eso no debe preocuparse, señora Radley –respondió el padre Tyndale con dulzura–. Seguro que la señora O’Bannion estará allí para ayudarla. La muerte llegará cuando tenga que llegar. Eso no puede remediarlo nadie, sólo se le pueden proporcionar ciertos cuidados entretanto.

–¿Sufre... muchos dolores?

–No, no muchos, físicos al menos. Y el doctor la visita siempre que puede. Es más bien una carga espiritual, el recuerdo de cosas pasadas... –Dio un gran suspiro y se le ensombreció un poco la cara; no debido al efecto cambiante de la luz, sino más bien por algo interior–. Remordimientos, cosas que hay que hacer antes de que sea demasiado tarde –añadió–. A todos nos pasa lo mismo, pero cuando sabes que te queda poco tiempo, resulta más apremiante, ¿comprende?

–Sí –dijo Emily abatida, al recordar aquella desagradable despedida, cuando Susannah había informado a la familia de que iba a volver a casarse, no con alguien que ellos aprobaban, sino con un irlandés que vivía en Connemara. Eso en sí mismo no era grave. El agravio era que Hugo Ross era católico.

Emily había preguntado en aquel momento por qué demonios tenía tanta importancia aquello, pero su padre se había disgustado y le había dolido mucho porque consideraba que su hermana había traicionado los dictados de la historia y era desleal con el pasado.

Entonces Emily contempló el inhóspito paisaje. El viento mecía y doblegaba los pastos crecidos, que parecían agua bajo la sombras. Pájaros silvestres volaban en lo alto; ella contó por lo menos doce tipos de aves distintas. Ape-

nas había árboles, sólo tierra húmeda que brillaba con los ocasionales rayos de sol, y de vez en cuando una imagen del lago del que había hablado el padre Tyndale, en cuyas orillas crecían juncos altos como puñales negros. No se oía apenas ningún ruido, aparte de los cascotes del caballo sobre el camino y el silbido del viento.

¿De qué se arrepentía Susannah? ¿De su matrimonio? ¿De la pérdida de contacto con su propia familia? ¿De llegar allí como una forastera, a aquel lugar en los confines del mundo? Fuera lo que fuese, ya era demasiado tarde para remediarlo. Tanto el marido de Susannah como el padre de Emily habían muerto; ya nada de lo que le dijera a nadie tenía importancia. ¿Deseaba la presencia de alguien del pasado, para tener la sensación de que a alguno de ellos le importaba? ¿O diría que les quería y que lo sentía mucho?

Debían de llevar como mínimo una hora de viaje. A Emily le parecía más. Estaba entumecida, tenía frío, y gran parte del cuerpo empapado, además.

Pasaron junto al primer cruce de caminos que había visto y le desilusionó comprobar que no cogían ningún desvío. Le preguntó al padre Tyndale por ello.

—Moycullen —contestó él con un amago de sonrisa—. Por la izquierda se llega a Spiddal, y al mar, pero ese camino es más largo. Éste es mucho más rápido. Dentro de una hora más o menos estaremos en Oughterad y pararemos a comer algo. Le apetecerá, no lo dude.

¿Una hora más! ¿Cuánto iba a durar aquel viaje? Emily tragó saliva.

—Sí, gracias. Eso me encantaría. ¿Y luego hacia dónde?

—Oh, seguiremos un poco más hacia el oeste, hasta Maam Cross, después hacia el sur por la costa, a través de Roundstone; y unos pocos kilómetros más, y habremos llegado.

Emily no supo qué decir.

Oughterard resultó ser cálido y acogedor, y les sirvieron un refrigerio delicioso en un comedor con un fuego de turba enorme. No sólo desprendía más calor de lo que ella había pensado, sino también un olor a tierra y a humo que le resultó muy agradable. Le ofrecieron un vaso de algo moderadamente alcohólico que parecía agua de río pero sabía bastante bien, y que la llevó a pensar que podría sobrevivir el resto del viaje, si dejaba de contar las horas y los kilómetros.

Pasaron Maam Cross y el tiempo se despejó al caer la tarde. El aire tenía un peculiar tono dorado cuando el padre Tyndale señaló las montañas Maumturk, al nordeste.

—Nosotros no llegamos a conocer al marido de Susannah —dijo Emily de pronto—. ¿Cómo era?

El padre Tyndale sonrió.

—Oh, pues eso fue una lástima —contestó con pesar—. Era un buen hombre, sí. Tranquilo para ser irlandés, ¿sabe? Pero cuando contaba una historia se hacía escuchar y tenía una risa muy contagiosa. Amaba esta tierra y la pintó como nadie. Con una luz que te permitía oler el aire sólo con mirarla. Pero eso usted ya debe de saberlo.

—No —dijo Emily, muy sorprendida—. Yo... yo ni siquiera sabía que era un artista. —Se sintió avergonzada—. Nosotros creíamos que tenía un patrimonio familiar. No mucho, pero lo suficiente para vivir.

El padre Tyndale se echó a reír. Fue un sonido copioso y alegre en medio de aquella tierra desierta, donde ella sólo oía el chillido de los pájaros, el viento y las patas del caballo en el camino.

—Eso es bastante cierto, pero nosotros juzgamos a un hombre por su alma, no por su bolsillo —le contestó—. Hugo pintaba por placer.

—¿Cómo era físicamente? —preguntó ella. Entonces se sintió avergonzada por pensar en algo tan trivial, y quiso que el padre Tyndale supiera el motivo—. Así puedo imagi-

narle. Cuando piensas en alguien, te formas una idea en la cabeza. Yo quiero que sea correcta.

El padre Tyndale se quedó pensando y dijo:

—Era un hombre grandote, con el pelo castaño y rizado y los ojos azules. Era alegre, así le recuerdo yo. Y tenía unas manos preciosas, como si fuera capaz de tocarlo todo sin estropear nada.

De ponto, Emily notó que estaba a punto de llorar, porque ya nunca conocería a Hugo. Debía de estar muy cansada. Llevaba dos días viajando, y no tenía ni idea del tipo de sitio al que se dirigía, ni hasta qué punto el tiempo y la enfermedad habrían cambiado a Susannah, por no hablar de los años de distanciamiento de la familia. Aquel viaje resultaba ridículo. No debería haber dejado que Jack la convenciera para ir.

Hacía ya más de cuatro horas que habían salido de Galway.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —le preguntó al sacerdote.

—Unas dos horas —contestó él animoso—. Aquello de allí es Twelve Fins. —Señaló una cadena de colinas que ahora quedaban al norte, casi en línea recta—. Y más allá el lago de Ballynahinch. Nosotros nos desviaremos antes hacia la costa, después pasaremos Roundstone y ya habremos llegado.

Se detuvieron en otro hotel y volvieron a comer maravillosamente. Después les resultó aún más difícil volver a la oscuridad y al viento húmedo que soplaba del este.

Entonces el cielo se despejó y, mientras subían una ligera pendiente, el panorama se abrió ante ellos: el sol se derramaba sobre el agua en una llamarada escarlata y oro, como un fuego líquido que hacía brillar la tierra negra de los cabos. El sendero que tenían delante parecía incrustado de bronce. Emily notó el olor a sal en el aire, levantó los ojos un momento, y vio la parte inferior de los pájaros

que cabalgaban al viento en círculo, pálida bajo la luz postrera.

El padre Tyndale sonrió sin decir nada, pero Emily sabía que la había oído inspirar profundamente.

—Cuénteme algo del pueblo —pidió cuando el sol ya casi había desaparecido, y se dio cuenta de que el poni, que debía de conocer el camino a fuerza de la costumbre, sabía que casi había llegado a casa.

Pasaron unos minutos antes de que él contestara, y cuando lo hizo, ella captó cierto matiz de tristeza en su voz, como si estuviera rindiendo cuentas por algún error que había cometido.

—Es más pequeño que antes —dijo—. Se nos ha ido demasiada gente joven. —Se detuvo, como si le faltaran las palabras.

Emily se sintió incómoda. Aquélla era una tierra con la que ni ella ni sus compatriotas tenían la menor relación, pese a que llevaban siglos allí. A ella la recibían bien porque eran hospitalarios por naturaleza. Pero ¿qué sentían realmente? ¿Qué había experimentado Susannah cuando llegó allí? No era de extrañar que se sintiera tan desesperada para pedirle a un sacerdote católico que le suplicara a algún familiar que estuviera a su lado en sus últimos días.

Carraspeó.

—De hecho, yo me refería más a las casas, las calles, la gente que usted conoce... ese tipo de cosas.

—Ya los conocerá, seguro —contestó él—. A la señora Ross la quieren mucho. Irán a visitarla, aunque sea un ratito para no cansarla, pobrecilla. Antes ella solía dar largos paseos por la costa, o subía hacia Roundstone Bog, sobre todo en primavera. Acompañaba a Hugo cuando él salía a pintar. Simplemente se sentaba a leer un libro, o iba a coger flores silvestres. Pero lo que más le gustaba era el mar. Nunca se cansaba de mirarlo. Estaba recopilando docu-